

EL PORVENIR DEL OBRERO

Mahón 30 Noviembre 1906

Cartas de propaganda

IV

A los sufragistas accesioneros de Barcelona

En toda democracia, ó, si lo queréis más claro, en todo país democrático, existe una lista en que están inscriptos todos los ciudadanos que han de gozar de los derechos que otorga la Constitución del Estado y que han de concurrir á su sostenimiento y defensa. Y digo *otorga*, porque aunque digan los filósofos que el derecho humano es inmanente, anterior y superior á toda ley y todas aquellas otras cosas que agregan, lo cierto es que el derecho es la ley escrita, ya que el Código civil que habéis de acatar de grado ó por fuerza mientras no seáis anárquicamente razonables, dice en su artículo 4.º: «son nulos los actos ejecutados contra lo dispuesto en la ley, salvo los casos en que la misma ley ordene su validez»; y la ley tiene un poder coercitivo inmenso, representado por la fuerza pública, el poder judicial y toda la máquina penal que ponen en movimiento el juez, el carcelero y el verdugo. Así, mientras la filosofía vive de lo tolerancia legal en tanto que es mansa y letra muerta, el derecho escrito, pobres sufragistas accesioneros, no os exime de ser soldados, y los hijos de vuestros burgueses, mediante 1,500 pesetas extraídas legalmente por acesión de vuestro trabajo, se quedan en su casa, gozando de la ganga de tener tales padres.

Hasta ahí, cojeando ridículamente, como veis, llega la ley, y cuenta que no quiero recargar el cuadro para que la multitud de árboles no impida ver el bosque, como dijo hace poco en el teatro de Novedades Unamuno actuando de sabio.

Después hay otra lista en que constan todos los propietarios, que á mí me parecen detentadores de la propiedad, en cuya lista, ni por casualidad ni por descuido, se halla el nombre de ningún despojado, de aquellos que como vosotros y yo vivimos exclusivamente del trabajo accesorio, que es el que á cambio de un jornal reducido á miseria por la oferta y la demanda aumenta la extensión de lo principal, que es la riqueza del propietario.

Los incluídos en esa segunda lista pagan la contribución; pero aparte de las ocultaciones, más fáciles cuanto mayor es la propiedad y mayor es la influencia caciquil del rico, como esos contribuyentes, por ser propietarios, son por acesión dueños de los frutos naturales, de los frutos industriales y de los frutos civiles, cargan sobre el consumidor y el inquilino el importe de esa exacción; de modo que el jornalero accio-

nero, que no tiene sobre quien descargar ese gravamen, es en último término el verdadero contribuyente. ¡Quién no tiene presente aquello del último mono!

—¡Todo eso ya lo sabíamos! me diréis. Convengo en ello, porque es viejo como la ley, es decir, como la voluntad del que manda porque puede, porque tiene la sartén por el mango, como dicen en mi tierra; mas para vosotros como si fuera nuevo, porque aunque pertenecéis al montón para quien se escribió el art. 2 del Código civil, que preceptúa que «la ignorancia de las leyes no excusa su cumplimiento», ello es que tenéis metido en la mollera, no como conocimiento, sino como rutina atávica este otro precepto legal consignado en el art. 5 del mismo Código: «las leyes sólo se derogan por otras leyes posteriores», y por eso sois masa sufragista cuando os cansáis de ser masa neutra, ó cuando, por la exhibición de retórica reluciente y osadía de farmacéutico de plaza pública, empleada por osado arrivista metido á redentor, os decidís á ser algo más que accesioneros, ó creadores de riqueza por derecho de acesión para vuestros dominadores los incluídos en la segunda lista ó aspirantes á semejante prebenda.

¡Es una compasión lo que sucede con vosotros, infelices accesioneros sufragistas! Vivís engañados si os conformáis mansamente con vuestro acatamiento al derecho de acesión, tan infame como el derecho de perna y mucho más perturbador del orden social, y sufrís nuevo y no menor engaño, si, queriendo salir de vuestro estado, os sometéis á un redentor que os imponga determinada línea de conducta y exija de vosotros ciertos actos que no están en relación de causa á efecto con su oratoria ni con su programa, si acaso llega á formularle. Os han hecho creer que una ley mala se deroga con una ley buena, y desconociendo ú olvidando que la ley es una imposición de los poderosos, siendo vosotros débiles, soñáis con una transformación política milagrosamente revolucionaria, ó votáis y más votáis esperando que á fuerza de enviar arrivistas al parlamento caerá la breva de una transformación legal.

Pues no; así como la fuerza inspirada en un interés es la legisladora universal, otra fuerza y otro interés, que no otra ley, la derogan, la historia suministra ejemplos á carros, y si después de conquistas y revoluciones quedan subsistentes ciertas leyes, se debe á que así conviene á los mandarines triunfantes.

Sois débiles y sufrís, pues sed fuertes y triunfad.

Todo estriba en que tengáis conocimiento de vuestro derecho, una aspiración racional, rechacéis todo redentor y queráis redi-

miros por vosotros mismos, contituyéndoos en fuerza superior á la de vuestros tiranos y explotadores.

Y eso no es difícil de conseguir.

De ello os diré algo otro día.

Hasta ese día, pues.

ANSELMO LORENZO

Barcelona 11 noviembre de 1906.

El objeto de la vida

De (*Les Temps Nouveaux*)

¿Puedo amar esta vida de indiferencia y de hostilidad en una sociedad enemiga?

Antes, mis ojos engañados veían numerosos amigos, sinceros, abnegados, desinteresados, prontos á guiar mis esfuerzos juveniles, dispuestos á levantar mi valor debilitado, á tenderme una mano fraternal y prestarme algún servicio. En suma, veía á mi alrededor corazones generosos con quienes simpatizar. Un día, cometí el crimen imperdonable de pensar, de expresar en alta voz mi pensamiento, de obrar conforme á mis convicciones. Mis amigos se asombraron; semejante audacia no se puede admitir.

Enseguida se separaron de mí, como de un animal dañino, para siempre. Y heme aquí amado y comprendido únicamente por muy escasos camaradas capaces de pensar, de expresar libremente su pensamiento y de obrar en todas circunstancias conforme á sus convicciones.

Mi horizonte no está cerrado á las alegrías. La naturaleza generosa despliega su gracia de primavera y su melancolía de otoño. Allá la ciudad bulle con el ruido de la actividad sin tregua. A pesar mío, formo parte de ese ambiente; y si consagro una parte de mis fuerzas á su sostenimiento, pretendo tener el derecho de gozar de su vista y de sus beneficios. Sin embargo, á pesar de mi deseo de vibrar al unísono con la poesía que me rodea, y á despecho de los mil progresos de la industria humana con que me beneficio, ¿me es posible de verdad alegrarme en ese ambiente que respiro?

Ciertamente, me era posible en otro tiempo, cuando mis ojos de niño nada comprendían de la vida. En aquella edad de ignorancia todas las acciones de mis semejantes podían parecerme lógicas y naturales. Hoy los tiempos han cambiado. Mi corazón ha compadecido los sufrimientos ajenos y mi dignidad de hombre se ha sublevado ante el ultraje. Mis ojos se han abierto y han visto esta vida ennegrecida, ensuciada, envilecida, en esas fábricas humeantes y estrepitosas. Allí, detrás de esos altos muros de ladrillo, adivino millares de infelices encerrados desde el amanecer y condenados á rodar su muela hasta la noche. Afuera brilla el sol. El aire embalsamado de los bosques sana los pulmones. La alegre canción de la alondra se pierde allá en el vacío. Pero, verdaderamente tengo el derecho de estar contento y gozar en paz de mi vida presente?

¿Puedo gozar plenamente las alegrías de esta vida, si en la edad para mí más preciosa, en la hora más fecunda, cuando quiero amar; cuando tengo necesidad de acción, cuando todo mi ser desea la felicidad de una vida sana y completa, se me aleja brutalmente por algunos años de lo que me es más querido, se me embrutece el cerebro,

se me deseca el corazón, por una sabia gradación de ejercicios automáticos.....?

¿Puedo amar y aprobar esta mala organización en que nos disputamos con rudeza los medios de subsistencia, en que una espantosa mayoría de seres humanos muere de miseria, mientras que unos pocos gozan impunemente de una superabundancia inmerecida? ¿Puedo complacerme en esta sociedad de locura en que unos á otros nos odiamos, nos matamos, en que las pasiones malas se inflaman por la posesión de ese oro estúpido que no tiene ningún valor, ninguna propiedad maravillosa en sí mismo? ¿Pueden parecerme justos esos hombres que llegan á olvidar que son hombres y que oprimen á sus hermanos menos afortunados con la idea atroz de gozar sin freno del poder usurpado y de las riquezas mal adquiridas?

¿Puede no disgustarme este mundo extraño, disforme, antiestético, donde todo se hace, no para la comodidad de los individuos, no para el placer de los ojos, sino solamente para ganar dinero y distanciar cruelmente unas castas de las otras? Vivimos en una época antdiluviana y nuestros semejantes sólo saben todavía utilizar su ingenio limitado en miserables combinaciones de lucro y ganancia. ¿Qué importan las bajezas si reportan negocio? La demolición de esa maravillosa Galería de Máquinas no tiene ninguna importancia. Un día aquel terreno será vendido á 600 francos el metro cuadrado para edificar sobre él cubos de piedra sin estilo. La dinamita hace temblar. ¿Pero por qué queréis que la humanidad futura que yo preveo no se sirva de ella contra tales vilezas? ¿Chimeneas de fábricas, murallas interminables, montones inextricables, de piedras, de ladrillos, de materiales confundidos, calles burguesas cuyo morrillo fatiga, callejones llanos, uniformes, monótonos, de barrios y ciudades obreras, bazares, almacenes, museos, palacios, edificios oficiales de líneas angulosas, efímeras, representantes de un régimen que no durará, yo os maldigo!

No obstante, amo la vida... Amo la vida, porque, á pesar mío, formo parte integrante del Gran Todo, siempre en evolución hacia lo mejor. Amo la vida, porque tengo la absoluta certeza de que más adelante la vida será más dulce para los hombres. Amo la vida, porque se que de toda esa miseria, de todas estas negruras acumuladas por la locura de poder y la concentración de riquezas, va á surgir un ejército de voluntades despiertas á la conciencia del mundo. Amo con pasión esta vida presente, porque, como la cuba en que fermenta el vino, en que sobrenada la espuma y en cuyo fondo se depositan las heces, veo el porvenir generoso que hierve y fermenta y los desperdicios sociales que, naturalmente, se separan.

Sí; yo amo esta bella vida del tiempo presente. Homero, Esquilo, Dante, Shakespeare, vuestros dramas y vuestras epopeyas paldescen ante las gigantescas luchas de los mineros, tejedores, descargadores, de los sindicatos parisienses; ante los alzamientos enormes de los petroleros del Cáucaso, de los metalúrgicos westphalienses, de los mineros de Pensylvania; ante las insurrecciones de Cronstadt y de Moscou; ante las rudas defensas de Polonia y Finlandia contra el gigante ruso; ante el valor de Kalaief, de un Schmidt, de una Spiridowna, de un Konopljanikowa. La antigüedad ofrece muy raros ejemplos en que el individuo se haya sacrificado para ensanchar la vida.

Amo el bello drama de esta vida, de nuestra vida. Pero no quisiera verme reducido á permanecer simple espectador. Quiero la vida mejor, con todas mis fuerzas, y por hacerla mejor vivo y creo que debo hacer algo.

Creo que he de hacer algo, entiéndase bien, diferentemente que esos inconscientes que se marchan con el corazón tranquilo después de haber arrojado diez céntimos á un pretendido pobre. Diferentemente tam-

bién que esos semi-conscientes cuyo solo acto consiste en procurarse el periódico social todas las semanas. Por todas partes el horrible viejo mundo se esteriliza y se agrieta. Sería muy necio si esperase que sus escombros cayesen sobre mi espalda. Sería muy tonto si creyese las bellas palabras de los que se esfuerzan en reparar el edificio en vez de derribarlo. Si se siguen los consejos de los que predicán la calma, es por falta de valor. La calma es siempre una vida cobarde, odiosa, irrespirable, que yo odio, que odiamos todos. Estoy en insurrección constante y razonada contra la vida que nos dan hecha. Tengo fuerzas, una inteligencia, una energía latente que poner á prueba, algunos recursos. Sería un crimen no consagrarlos á destruir esta organización nefasta, y á la creación de un mejoramiento que anhelo.

He hablado mucho de mí. Es tiempo de hablar de los otros. Si todos aquellos á quienes la iniquidad subleva fuesen capaces de vivir en insurrección contante contra ella, si todos los espíritus abiertos á la comprensión de nuestras ideas, si todos los lectores asiduos de nuestros pocos periódicos sinceros, sintiesen dentro de sí el ardiente deseo de transformar las cosas, todos querrían hacer un máximo de sacrificios; y todos, cada vez que pudiesen, pondrían empeño en apartar su parte de bienestar, de tiempo, de inteligencia, de esfuerzos de voluntad al acervo común. ¡Cuánto podrían adelantar los camaradas conscientes si supiesen educarse teórica y prácticamente, perfeccionarse á sí mismos y hacer de la indispensable Revolución el objeto de su vida! Que todos los sinceros que anhelan una sociedad anárquica y armónica, una humanidad desembarazada de nuestras miserias y nuestras vilezas, la quieran resueltamente, como yo la quiero, que la quieran como una falange de luchadores, estudiando sus medios de acción, ensayando sus fuerzas y después predicando con el ejemplo tan frecuentemente como puedan. Bien pronto esta mayoría de parias que no ha encontrado aun su objeto, un ideal en la vida, tendrá el medio de interesarse por el nuestro, deseando y después marchar con nosotros á su conquista.

A. PRATELLE

Invierno

Ha llegado el Invierno, el viejo Invierno, inclemente y adusto. Ha llegado con su túnica de nieblas y de fríos, flotando al aire como una gran melancolía; con su corona de zarzas en la frente rugosa y con la nieve de todos los desconsuelos en la blanca barba enmarañada. Ha llegado, silente, fantasmal, sombrío...

El Invierno es un tirano. Los pobres le temen. Los ricos le sonríen. Por su parte, el Invierno sonríe á los ricos y mira á los pobres con torvo y duro mirar. Los ricos necesitan del Invierno después del Verano, como necesitan del sueño después de la orgía, y de la *cocotte* después de la esposa. El verano brinda á los ricos la frescura de sus playas, el perfume de sus campos, la alegría de sus días de oro y la majestad augusta de sus noches azules. El Invierno les ofrece deliquios amorosos en la penumbra aromada y caliente de las alcobas nupciales; les ofrece excitaciones febriles en los grandes centros del juego; les ofrece sus teatros, sus cafés-concerts, sus casinos, sus burdeles... Y les ofrece más aún. Les ofrece el placer exquisito de estar abrigados mientras los otros tiritan, de estar enjutos mientras los otros se hallan empapados hasta los huesos, de pasear sus coches por el arroyo donde los otros marchan á pie, descalzos y casi desnudos, bajo el cielo implacable.

Para los ricos, el Invierno representa un cambio de sensaciones imprescindibles. Para los pobres, el Invierno es la muerte. En el verano, si la ropa estorba por demasiado pesada, se quita y en paz. En el Invierno, la

ropa no estorba nunca. Se puede pasar alguna que otra noche bajo las estrellas, en el tibio ambiente estival. En el Invierno es terrible dormir al raso. Por eso los pobres temen al Invierno. Por eso le sonríen los ricos.

Una escena de Invierno es la que estoy contemplando ahora desde este hermoso café del bulevar. Llovizna. El agua cae fría y compacta sobre la población, filtrándose en el suelo y calando las ropas de los que marchan á pie. A través de mi ventana veo un continuo desfile de paraguas y de cabezas, de cabezas cubiertas por paraguas y de cabezas sin más protección que un pobre sombrero ó una gorrilla raída.

Más allá, en el arroyo, trotan algunos caballos arrastrando carruajes de categorías diversas. La bruma no me permite ver, tras las ventanillas de los carruajes, más que rostros desdibujados, manchas de rostros en todas las cuales se estereotipa un gesto de satisfacción. ¡Oh! Es un gran placer defenderse del frío y de la lluvia, sobre todo, cuando se tiene el convencimiento de que son pocos los que pueden conseguirlo.

En muchos de los rostros que veo desfilan á través de mi ventana, puede advertirse también un mismo gesto, pero no un gesto de satisfacción, sino de angustia, de angustia resignada, en unos; de angustia dolorosa, en otros; de angustia impulsiva, en los más. Y es que, por contraste con los que van en coche por el arroyo, los que marchan á pie sienten, no sólo el rigor del frío y de la lluvia, sino la ira de padecerlos, mientras hay quien los desprecia porque un privilegio infame les pone en condiciones de despreciarlos.

Y las dos expresiones, la expresión de alegría y la expresión de angustia, reflejan perfectamente el estado actual de la sociedad, de esta sociedad criminosa donde el dolor de unos produce la satisfacción de los otros y donde la satisfacción de éstos engendra la ira de aquéllos.

Yo miro el contraste. Lo miro con detención y observo que el gesto de angustias es infinitamente más grande, más profundo, más intenso que el gesto de alegrías. Después contemplo los brazos de los que van á pie, y veo que son capaces de volcar todos los coches á través de cuyas ventanillas sonríen provocativamente los favorecidos de la fortuna.

**

Ha llegado el Invierno, el viejo Invierno, inclemente y adusto. Ha llegado el Invierno. Ha llegado silente, fantasmal, sombrío...

JULIO CAMBA

Notas de París

Noviembre 1906.

El domingo 11 del actual, en la *Maison du Peuple* de la rue Glignancourt, celebróse una reunión que fué como el principio de la campaña en defensa de Ferrer, Nakens, Ibarra y demás detenidos sobre pretexto de complicidad en el acto de Mateo Morral.

Comenzó Girault, dando cuenta del objeto de la reunión y diciendo que la anarquía, lejos de ser un ideal de soñadores alejados de la realidad, es la lógica resultante de los conocimientos humanos en la hora presente.

En seguida habló Malato; con gran claridad explicó la acción crítica-negativa de la idea anarquista, hizo notar su lógica severa que destruye la injusticia imperante, y puso de relieve al mismo tiempo su fuerza creatriz, citando con este carácter la instrucción basada en un método científico y racional. Entre las instituciones de este género, continuó Malato, ocupaba un lugar preminente la Escuela Moderna de Barcelona, cuyo director paga en la Bastilla Modelo de Madrid el crimen de haber tenido por bibliotecario á Morral, aunque el gobierno español, como los otros, está convencido de que los que realizan atentados obran por

cuenta propia, sin entregarse antes á confidencias inútiles y peligrosas. Por otra parte, añade, el poder reaccionario que sufre el pueblo vecino persiste en su propósito de impedir á Ferrer que continúe su obra pedagógica, como lo demuestra el haberse incautado del capital que le legó una señorita que fué su discípula en nuestra ciudad. Pará que no llegue á consumarse la injusticia, arreciaremos esta campaña durante el mes próximo, hasta conseguir arrancar de las garras de la Inquisición española á quienes no han cometido otro delito que ser libre-pensadores consecuentes.

Paraf-Javal, que le sucede en el uso de la palabra, empieza lamentando que la fantasía soñadora de nuestros antepasados inventase lo sobrenatural para explicar los fenómenos puramente físicos de que eran testigos cayendo en las más groseras aberraciones; hace notar la temeridad y estupidez de los que actualmente pretenden sostener tales extravíos; y extendiéndose en explicaciones de profunda filosofía, científica demuestra lo increíble é indestructible de la materia cuyo conjunto forma el Universo. Explica como la circulación de la sustancia se opera lo mismo en el mineral que en el vegetal y el animal, y deduce en consecuencia que el movimiento de esta sustancia es el único fenómeno real en toda la Naturaleza, en la que figura el hombre como el más perfeccionado producto. También explica de que manera sencilla procedía la Escuela Moderna para dotar á sus alumnos de conocimientos positivos y librarlos de absurdos religiosos, autoritarios y patrióticos; encomia la rectitud y audacia de Ferrer en la elección de obras; da lectura á una postal escrita en la cárcel de Madrid y termina invitando á todos para esta campaña humanitaria que ha de tomar en París grandes proporciones.

Un monólogo antimilitarista recitado por una joven cantante y varias canciones por los *chansonniers revolutionnaires* dieron la nota artística y final del acto.

Los anarquistas españoles residentes en Francia cooperan activamente en esta campaña y harán sentir su acción oportunamente.

* * *

Desde julio está en vigor la ley de descanso semanal (un día por cada siete) para todos los obreros; pero como los burgueses se ríen de toda reforma que no les convenga, los proletarios del *comptoir* que quieren disfrutar los beneficios de la ley tienen que luchar directamente, haciendo valer su derecho por la fuerza de la asociación, ó por medio de una actitud violenta.

Es lamentable que estos sedicentes *ilustrados* no sepan aprovechar las lecciones que vienen dándoles muchos de sus hermanos *inferiores* del taller y la fábrica, dejando aparte las leyes y conquistando la satisfacción de sus necesidades por medio de la acción directa.

ROQUE BAU

La caridad

Vosotros, hombres negros, que nos habláis en nombre de Dios, ¿cómo no veis la desesperación, la miseria, la barbarie, la horrible amenaza?

La caridad—decís—atiende á los pobres; en las puertas de las iglesias, en los conventos, se socorre al necesitado. Se le entrega, cuando hay para todos, un pedazo de pan ó una moneda de cobre. A cambio de esta merced, que convierte á los pueblos en verdaderas cortes de los milagros, que rebaja la estimación propia, que exige la sumisión y la hipocresía, que no resuelve problema alguno, las Congregaciones viven, reúnen capitales enormes, ayudan á los gobiernos ineptos, se oponen á toda reforma social y perpetúan la miseria, la explotación y la injusticia.

No. Los pobres no quieren ya caridades á lo don Juan de Robres. Necesitan justicia seca. Quieren que nadie viva á su costa; que nadie coma sin producir, que no haya quien acapare riquezas para entregar después á los despojados la milésima parte de lo que les corresponde en derecho. Establecer poderosas industrias sin pagar tributo, mientras las aldeanas son sacrificadas en los felatos, encarecer el pan de los niños; sancionar la explotación del obrero; apoderarse de la tierra y luego arrojar á los menesterosos un mendrugo para acallar su desesperación durante dos horas, eso ni es humano, ni pío, ni cristiano siquiera. Sépase de una vez: mientras un solo niño, mientras una sola mujer, mientras un solo octogenario carezca de abrigo y sustento (y hay millones que de ello carecen), ni se puede cantar el himno de la actual organización, ni de la caridad, que no evita el mal hace doscientas décadas, ni hay hombre que tenga derecho á vestir el traje que lleva, llámese toga ó púrpura, blusa ó levita, uniforme ó sotana.

ANTONIO ZOZAYA

Gente que sobra

Continúa la emigración.

Los trabajadores de todas las provincias españolas, aburridos, cansados, hambrientos, sin esperanza de prosperar, ni siquiera de poder vivir en esta bendita tierra, se amontonan en los muelles en espera de los barcos que han de llevarlos á otro mundo, á otra tierra, allá donde tenga vida el pobre con su trabajo y donde se pueda tener esperanza, sino de hacer fortuna, al menos de mejorar su vida diaria y criar á sus hijos sanos y con cierto bienestar.

Al verlos embarcar á esos compatriotas nuestros, hermanos de los que por la patria dieron su vida en las últimas desastrosas guerras, hemos pensado en las predicaciones de los burgueses que se lamentan de la falta de brazos, de la falta de soldados para la guerra y de obreros para la fábrica y la mina y el terruño y de muchachas para el servicio doméstico... y para otros servicios.

Hemos pensado que en Francia se tacha de inmorales á los neo-malthusianos que propagan los medios de impedir la procreación involuntaria y que en Barcelona se procesó á la revista neo-malthusiana *Salud y Fuerza* con este mismo pretexto de la inmoralidad.

Inmoral será, seguramente, el evitar que nazcan hijos cuando no se tienen medios de mantenerlos; inmoral será, puesto que lo dicen los burgueses, pero ¿acaso es más moral y más honrado el permitir que los hombres nazcan y luego privarles de los medios de vida?

Más soldados y más obreros disponibles quieren los burgueses; pero no quieren mantenerlos, no les permiten ganarse la vida con su trabajo, y los obreros tienen que emigrar, tienen que huir de esta tierra de que se han apoderado los burgueses.

Para conservar esta tierra que han hecho suya y para guardar los productos de que también se apropian necesitan los burgueses soldados. Para que la trabajen y la hagan producir con sudores y fatigas necesitan á los obreros; pero no los quieren para otra cosa, ni quieren reconocerles ningún derecho y al obrero que sobra después de ocupados los puestos que los burgueses necesitan, no hay quien le ampare ni quien

le asegure contra el hambre y la miseria. Procread, procread, obreros, dicen los burgueses; vuestros hijos servirán para enriquecernos y defendernos y vuestras hijas para recrearnos; pero no os concederemos ningún derecho; no podréis satisfacer aquí vuestras necesidades y cuando tratéis de marcharos aun os molestaremos haciendo visitar los barcos por gobernadores y policías que pongan dificultades á la emigración, de modo que sufráis vejaciones hasta el último momento que os alcance el poder de nuestras leyes y de nuestra organización social.

Sobra gente en España, evidentemente; sobra gente, puesto que los barcos se marchan atiborrados de emigrantes.

Pero, por otra parte, los burgueses se quejan de la falta de brazos, y, efectivamente, los campos están sin cultivar. Es también evidente, por lo tanto, que falta gente.

Por más contradictorias que parezcan estas dos afirmaciones, ambas son rigurosamente verdaderas.

En nuestro país falta gente, faltan hombres útiles que hagan producir á la tierra, que vivan contentos y satisfechos con el producto de su trabajo.

Y sobra gente, sobran burgueses avaros y torpes, que nada producen y que estorban la producción libre á los demás.

Es una tristeza que los trabajadores útiles emigren. ¿No sería mejor que se quedasen ellos en esta tierra, que es suya, y que echasen de ella á los otros, á los inútiles, á los malvados, á los ladrones que se han apoderado de lo que es necesario á todos?

He aquí como se resolvería en justicia ese triste problema de la emigración.

JUSTO SENCILLO

Óyeme, esclavo

Tú, que á través de los siglos has regado con tu sudor los campos, haciendo fecundar la semilla con tu trabajo y ayudando la labor de la Naturaleza; tú, que con tus manos has pulimentado la piedra, has tejido las telas, has elaborado el pan, has construído las viviendas, has horadado los montes; tú, que has inventado la imprenta para poder esculpir el pensamiento humano y la electricidad para que ese pensamiento vaya aceleradamente de región á región, de polo á polo; tú, que has sido más grande y poderoso que el dios de la creación, pues has reformado y perfeccionado lo que dicen es obra suya; tú, ser el más perfecto de todos los animales, óyeme:

Obsesionado en la labor fecunda de dominar los elementos de vida que te rodeaban, de postrar á tus pies los agentes más peligrosos de la naturaleza, de engrandecer y hermosear el mundo que habitabas olvidastes tu personalidad y te dejastes conducir donde quisieron los que no contentos con explotar tu sudor, aniquilar tus fuerzas, exprimir tu cerebro se apoderaron de tu voluntad y con ella de tu libertad.

¿De qué te sirve el progreso que con tus obras has iniciado si continúas siendo esclavo?

¿De qué te sirve llegar á dominar á la Naturaleza, si á tu vez te dominan?

Medita bien lo que serían sin tí, sin tu inteligencia, sin tu brazo, los zánganos que te rodean. Acostumbrados á la molición y á la holganza, buenos sólo para derrochar lo que produces con tu sudor, morirían miserablemente de hambre, retorciéndose las entrañas, ofuscándoseles el cerebro como

cualquiera de los desgraciados que en el arroyo sucumben de inanición.

Hora es ya de que sacudas tu inerme voluntad y reclames para tí lo que posee el ave en el espacio inmenso, la fiera en la frondosidad de los bosques y el pez en los dilatados mares: la libertad.

Es la única cosa que te falta para ser feliz.

El hombre no nace para esclavo, ni la esclavitud es condición de vida aunque lo contrario dijera Platón y Aristóteles.

No desoigas, pues, mi voz, hombre esclavo.

La felicidad está en la expansión de la vida, en el goce de la libertad suprema, y nadie como tú tiene tanto derecho á ser dichoso tras tus largos siglos de infortunio.

No esperes, sin embargo, que te la den: apodérate de ella, que es lo más tuyo que existe en el mundo.

Si así lo haces dejarás de ser esclavo para ser hombre, que es algo más.

SOLEDAD GUSTAVO

El sufrimiento

Nadie quiere sufrir; pero viene el sufrimiento y lo soportan resignados.

Los trabajadores, casi todos, conocen ya la causa de sus sufrimientos. Conocen también la manera de acabar con ellos.

Sin embargo no se determinan.

La revolución emancipadora se aparece á los trabajadores como un sueño irrealizable. En cambio, los burgueses la ven venir con espanto de un momento á otro.

Es que los burgueses conocen también el sufrimiento de los obreros y no se explican su resignación.

«Un día se cansarán», dicen los burgueses, y temen que llegue de un momento á otro ese día en que los trabajadores, cansados de sufrir, cansados de que les roben y les atropellen, se levantarán con ira y ya no serán más un rebaño de ovejas. Los burgueses temen que llegue un día en que la rabia y la desesperación conviertan á los trabajadores de ovejas en lobos voraces y sanguinarios.

No temen que baje del cielo un redentor y emancipe á los obreros; lo que temen es que los obreros se decidan á obrar por sí mismos, á constituir por sí mismos la avalancha que ha de acabar con el actual infame régimen.

En cambio los obreros esperan. Esperan resignados, sufriendo, conociendo la causa de sus sufrimientos y lo que hay que hacer para remediarlos. Pero no quieren, no pueden, no saben que pueden aplicarlo ellos mismos. Esperan que baje de los cielos un nuevo redentor, un moderno mesías que los emancipe.

Y continúan sufriendo y doblegando sus espaldas al peso insostenible, esperando con esperanza estéril, sin la fuerza que nace de la confianza en sí mismos, única fuente de acción fecunda y redentora.

¿Cuándo se cansarán de sufrir y se determinarán á obrar?

JUAN CUALQUIERA

Ni superhombres, ni semihombres; hombres bien equilibrados fisiológica y racionalmente es lo que se necesita.

Cuando la riqueza social cese de ser detenida por el privilegio, y todos y todas participen de ella, gozará la humanidad de la verdadera edad de oro.

ECOS Y COMENTARIOS

No pueden disimular los periódicos católicos la rabia que les inspira la voluntad del pueblo ruso.

Porque el Zar no es católico, pero es el verdugo de su pueblo, y por sólo este motivo ya se sienten *correligionarios* suyos los católicos de por acá.

El Zar es bueno é ilustrado, según esos periódicos, á pesar de la Siberia, de la Manchuria, del *Knout*, de los cosacos, de las matanzas de judíos y de polacos, á pesar de las brutalidades que se cometen por su orden en las ciudades y en los campos.

El Zar es bueno é ilustrado. Tienen razón los católicos.

Más cruel y más injusta era la Inquisición y la llaman *santa*.

Esos mismos periódicos y los que les inspiran, y hasta Maura en el Congreso, amenazan con la guerra civil si se aprueba la Ley de Asociaciones presentada por ese Gobierno que se llama liberal.

¡Guerra civil! No caerá esa breva. Pasó ya el tiempo en que eran posibles las guerras civiles por cuestiones de religión.

En Francia no han podido los católicos levantar ni una triste partida como las carlistas de por acá. El Gobierno ha hecho lo que ha querido y la Iglesia ha tenido que callar.

Aquí las cosas irían de otro modo.

Aquí los católicos levantarían partidas carlistas; pero en el mismo instante y en todas partes, tanto en las grandes ciudades como en las pequeñas poblaciones, el pueblo armado penetraría en las iglesias y en los conventos y acabaría de una vez y para siempre con la guerra civil y con el problema religioso.

¿Es esto lo que quieren los católicos? Pues que promuevan esa guerra civil de que hablan sus periódicos y con que amenazaba el fantoche Maura en el Congreso.

¡Pobrecitas monjas! Les ha tocado el turno de la celebridad.

Ahora son las concepcionistas, que según cuenta *La Voz de Menorca* se opusieron á la entrada del Veterinario que iba á practicar el reconocimiento de dos cerdos que han matado las virginales esposas del Señor, sin duda para prepararse á los ayunos que castigan la carne y alejan las tentaciones.

A las monjas les tiene sin cuidado que los cerdos tengan ó no tengan *trichina*; lo que no quieren es pagar impuestos, ni que sea reconocida la carne que entra ni la carne que sale de los conventos.

Los librales españoles

Leemos en *España Nueva*:

«Dávila, el inconmensurable Dávila, el *petit Combes* español, ha sufrido ayer tarde una derrota inmensa, abrumadora, en el salón de conferencias. La fenomenal paliza se la ha proporcionado el señor Nocedal. Indudablemente ha sido la nota de la tarde parlamentaria.

En medio de un grupo numeroso de diputados se encontraba el señor Dávila. A su lado, el señor Nocedal discutía acaloradamente el radicalismo del Ministerio liberal, y á voces decía que no creía en él.

—Son ustedes tan reaccionarios como nosotros—decía Nocedal.

—¿Por qué?—contestó Dávila.

—Yo tengo motivos para saberlo. Y ahora, mismo todos sus anticlericalismos los tiro á tierra si quiero. Sí, señor; es usted un farfante, querido don Bernabé. Yo se que todas las mañanas oye usted misa en el oratorio que tiene en su casa...

—Sí, sí que es verdad; ¿quién se lo ha dicho?—contestó tímidamente el señor Dávila.

—Un pájaro azul—replicó Nocedal.—Y sé más; hoy por la mañana le han sacado á usted unas bulas en la parroquia...

Al decir esto Nocedal, el grupo de diputados soltó una carcajada general; don Bernabé, corrido, quiso defenderse inútilmente. Nocedal le había descubierto el juego, y el pobre don Bernabé alejóse hacia el despacho de ministros.

La noticia se divulgó rápidamente por los pasillos, y los comentarios eran graciosísimos.»

La redacción de *Tierra y Libertad* se ha trasladado á la calle Tallers, 16 2.^o—Barcelona.

A esta nueva dirección deben pues dirigir los compañeros toda la correspondencia.

PAPEL IMPRESO

La Junta de Solidaridad Catalana ha publicado en un libro todos los discursos pronunciados en el Senado y en el Congreso contra la Ley de Jurisdicciones.

A pesar de todo, la Ley fué aprobada y pesa sobre el desgraciado pueblo español.

Cuanta más elocuencia y sabiduría se puede encontrar en los discursos publicados por la Solidaridad Catalana mejor demostrada queda la inutilidad del procedimiento parlamentario.

Contra toda esa ciencia y elocuencia bastó el voto irracional de una mayoría fabricada por el caciquismo.

CORRESPONDENCIA

Bordeaux.—V. G. Efectivamente los números que dices se habrán evaporado en correos. La cuenta de R. asciende á 2'25 pesetas.

Alcaracejos.—M. M. C. Anotamos las 2 pesetas que dices has enviado á *Via Libre*.

Habana.—J. G. Recibido 45 pesetas; de ellas 5 de G. O. y 2'85 para los presos de la calle Mayor. Tienes pagado hasta el número 280 con 90 céntimos á tu favor. Enviaremos folletos. El periódico por qué preguntas sigue publicándose.

Algeciras.—A. D. Recibido 8,25 pesetas. Tienes pagado hasta el número 278.

Erandio.—F. R. Recibido 3 pesetas. Debes ahora 6 pesetas, contando hasta el presente número.

Torelló.—P. C. Recibido 2 pesetas por conducto de *Tierra y Libertad*.

Tarrasa.—M. T. Recibido 1 peseta por conducto de *Anarquía*.

El Porvenir del Obrero

CONDICIONES

Suscripción: Trimestre 1 pta.
Paquete de 25 ejmps. 75 cént.
Número suelto 5 »

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:
Castillo, 170. Mahón (Baleares).

Imprenta de «El Porvenir del Obrero»—Castillo 170, Mahón.
